

Nunca quise derrumbar paradigmas

Humberto Sánchez Amaya · Fotografías / Photographs: Abel Naím
Nuevo País de las Artes · Banesco / Fundación ArtesanoGroup · 2017

Texto íntegro del perfil y entrevista de Starsky Brines, pp. 32-43, y fichas de sus obras, pp. 45-52. Original español y traducción al inglés de archivo. Se conservan las declaraciones y los datos en su contexto de 2017. No se duplican los destacados extraídos del propio texto ni se incluyen las biografías editoriales de los colaboradores. No es una traducción del libro colectivo completo.

Nacido en Caracas, en 1977, se ha convertido en una de las figuras más notorias de las artes plásticas venezolanas de los últimos quince años. Sus obras se han expuesto en España, Francia, Alemania y Corea del Sur, además de Venezuela. En sus creaciones, destaca un trazo en el que la figura humana se debate con lo animal.

En una de las partes más altas de su taller, hay una estatuilla de Santa Rita. Cercana al techo, ahí donde están todas las deidades que reciben peticiones.

A los siete años de edad, Starsky le pedía a esa imagen que sus padres no se divorciaran. Esperaba que curara todo mal entre papá y mamá para que alguno no se fuera de casa, pero no ocurrió. Entonces se enojó y se olvidó de ella. No quería saber nada. Tan pequeño, hizo lo que escuchaba de los adultos, se afianzó y pidió, pero le fallaron.

Con los años, se reconcilió no solo con la efigie, sino con lo que representa.

«La descarté por no haber cumplido, pero muchos años después la encontré tirada y la rescaté. Retomé el camino de la fe, todo eso de creer. Si no, no estuviera en el mundo del arte, en el que hay que tener tanta esperanza. Me considero creyente, pero más holístico. Creo en Dios, pero con distintas formas de percibir el mundo. Sé que existe otra dimensión paralela a esta.»

Ahora vive en las alturas, en las montañas de los Altos Mirandinos, entre caminos serpenteantes de tierra, en una cápsula lejana de todo ese caos que le es tan familiar. A kilómetros de distancia de ese asfalto y concreto que es la avenida San Martín, con sus puestos de vendedores ambulantes, las cornetas de conductores obstinados, el humo del bus que no respeta las normas de tránsito, el ladrón que busca a un incauto, los vecinos apurados por llegar al trabajo, las estaciones del Metro atestadas de pasajeros y los diferentes comercios a los que tantos acuden. Una zona neurálgica, una avenida en la que se une el urbanismo milimétricamente planificado y vistoso de El Silencio con la premura de soluciones habitacionales para la incipiente clase media de hace más de tres décadas.

Su arte llama indudablemente la atención. Sus cuadros no pasan inadvertidos, aunque después venga el juicio. Gustan o no, pero ese es otro tema. Sin duda, le ha ido bien. Esa manera de representar la figura humana, trastocada de una forma tan tajante, ha hecho que su estilo sea bastante reconocible. «Pienso que he desarrollado una obra que centra su atención en el ser humano. Al retratarlo, me he sentido seducido por su condición animal, híbrida y zoomórfica. Imágenes arquetipales que conectan con nuestra humanidad y memoria, con la condición festiva y trágica de la vida. En este sentido, he urdido escenas que son una narración absurda de la sociedad contemporánea, imágenes cargadas con la pérdida de nostalgia, con una condición animal que ya no podrá ser.»

Le gusta reiterar esa intención, como para que no haya vaguedades en quien se pose frente a uno de sus trabajos. Reafirma que reflexiona a través de imágenes sobre su persona, el entorno físico y lo figurado. «Lo hago a través del juego con códigos simbólicos de nuestra cultura contemporánea.» Y es verdad, quien ve lo realizado por Starsky no lo siente ajeno ni distante. El espectador intuye, además, la frescura de una propuesta profunda, pero a la vez jovial. Es reflexivo, pero a la vez ameno.

Trabaja con las emociones, con la cotidianidad de la ciudad y del país. «He logrado en los últimos años mayor profundidad en mis búsquedas conceptuales. Voy a cumplir 40 años y tengo otra dimensión de mi entorno.»

Su nombre no es inventado. No es una pretensión de una persona que quiere destacar y pavonearse con imposturas que suenan foráneas. No, nada de eso. En sus papeles de identidad aparece Homero Starsky Brines Riera. «Lo que pasa es que Homero Simpson echó a perder todo. Bueno, no tanto por eso, sino porque hay gente que me decía que uno nace con estrella. Entonces, preferí usar Starsky desde pequeño. En el liceo todos me decían así, que además suena brutal», dice antes de reírse.

Norka Riera, su mamá, costurera y modista, fue sin pretenderlo quien gestó en él esa curiosidad por las formas, quizás por esa agilidad con los dedos que puede terminar en creación. A los 7 años de edad, el pequeño Starsky sintió inquietud con lo que se le ocurría hacer mientras ayudaba a su mamá en el oficio. «A uno le quedan resonando en la cabeza las cosas que te dicen. Y en ese momento, siempre me reiteraban que yo tenía habilidades. Con el tiempo, empecé a pintar.»

RESPONSABILIDAD Y ARTE

Le comentaban que tenía destrezas como ayudante de su mamá, pero tampoco estaba consciente de querer concentrarse en eso de ser artista. Tan solo había impulsos que buscaban consumarse con las actividades que suelen presentarse como opción en cualquier colegial.

Esa expectativa empezó a revelarse también de otras formas, como una fuerza que aún buscaba cómo explotar a través del cuerpo. Starsky estuvo en la coral del colegio Vicente Salias de Maturín, una ciudad en la que pasó escasos años de su niñez, pero en la que se despertó un imaginario vinculado al mundo animal, como se revela en sus pinturas. En la capital de Monagas vivió desde los 3 años de edad hasta los 13, en un ambiente en el que se entremezclaba lo urbano con lo rural. «Mi papá, Leopoldo Brines, trabajaba como ingeniero y lo contrataron para la construcción de un polideportivo. Pero con el tiempo, se fue. Hubo una ruptura y quedé desubicado en un contexto que no me pertenecía del todo. Ya yo sabía además que estábamos mal económicamente. Y cuando regresamos, terminamos en San Martín. ¡Fue todo un salto! En Caracas me involucré con una ciudad convulsa, que a la vez era muy divertida. Todo cambió, obviamente. Ahora hay una violencia que te impide todo.»

Al regresar a la capital, estudió en el Liceo Caracas, pero se enamoró y no quiso volver más para no ver a esa chica causante de tantas angustias y desvelos. «Cursé el quinto año en un centro privado. Hablé con la directora del Instituto Unitario del Centro en La Candelaria. Le dije que retomaría mi formación académica y que yo mismo pagaría la matrícula. Usé el dinero que obtenía como mensajero. También hacía retratos y los vendía.»

Existía la presión de aprender una labor que redundara en una mayor estabilidad económica. Esa común necesidad de llevar algo a casa y dejar atrás las premuras. «Por eso, una vez graduado, empecé a estudiar Diseño Gráfico. Quería desempeñarme en un trabajo que me ayudara a resolver ciertos problemas. Pero la escuela de diseño se encareció mucho. Tuve que dejarla, pero los mismos profesores me dijeron que yo era un artista, que no tenía nada que hacer ahí. Cuando iniciaba un proyecto, lo hacía de forma subjetiva: Me faltaba ser pragmático, como lo exige una carrera.»

Pero el paso del diseño a la escuela de artes no fue inmediato. La realidad toca siempre la puerta y obliga a atenderla. «Antes trabajé en la Electricidad de Caracas, como aprendiz. Era un excelente empleo, con todos los beneficios, pero no era lo que deseaba. Duré como seis meses. Después trabajé en una contratista de esa misma compañía. Hacía reportes de postes dañados. Conocí muchos barrios, vi mucha pobreza en zonas que ahora deben estar peor. Luego, en 1999, ingresé a la escuela Armando Reverón, y allí todo comenzó a evolucionar aceleradamente.»

A ese lugar llegó gracias a su paso por el taller de Jesús Soto en Caracas, donde fue el último de la fila entre los trabajadores del maestro. «Había una muchacha en San Martín que era directora del taller; ella sabía en lo que yo andaba. Me preguntó si quería trabajar ahí. Pregunté qué era y me explicaron. Vi el pénsum y me entusiasmé.»

Esa labor en el taller, donde estuvo apenas tres meses, sirvió aún más para sustentar sus aspiraciones. «Yo simplemente limpiaba las obras que llegaban de otros lugares. Me maravillé por lo que estaba descubriendo. Fue otra dimensión. Me di cuenta de que se podía vivir del arte. Le dije a mi mamá que Soto era muy exitoso. Solo lo vi una vez. Llegó y me preguntó si era el nuevo asistente de taller. Se presentó y me dio la mano.»

Al Instituto Superior de Artes Armando Reverón llegó sin saber mucho. Por pasillos y salones caminaban artistas que él veía en libros y museos. Ahí estaban, finalmente, impartiendo conocimientos a su alcance artistas como María Eugenia Arria, Víctor Hugo Irazábal, Manuel Espinoza, Octavio Russo.

«Ya sentía la certeza de estar bien encaminado. Ya estaba consciente de cuál era mi vocación. Me sentía potente e imparable. Nunca dudé de que lo iba a lograr. Más bien, si algún profesor me cuestionaba constantemente, yo decía que era él quien no entendía.»

A ese lugar entró agradecido, sin las ínfulas de querer derribar lo establecido. «Fui una esponja. Nunca quise derrumbar paradigmas; más bien los quería. Era necesario enterarme más del arte. Otras personas sí, hijos de artistas, que llegaban con otras pretensiones. Pero eso no te permite disfrutar del momento. Yo más bien ingresé con muchas preguntas. La escuela Armando Reverón fue todo un descubrimiento, y pienso que así fue mejor.»

Una vez entre esas paredes le preguntaron por un artista venezolano que no fuera Jesús Soto, Carlos Cruz-Diez o Armando Reverón. Solo atinó a responder que Juan Loyola, a quien había conocido en Ciudad Bolívar gracias a su papá. «Era muy andrógino. Me pareció muy raro. Le pregunté a mi papá y él me dijo que era un gran artista. Me dio la mano y nunca lo olvidé.»

INFLUENCIAS

Si se tiene que hablar de mentores, hay uno que conmueve profundamente al artista. Es de esos personajes que suele haber en los sectores más populares de las grandes ciudades, en esas zonas en las que, a pesar de la hostilidad, aún prevalece el encuentro fortuito con esquinas, calles y pasillos, entre personas que se conocen de toda la vida.

«Te hablo de un lugar con personajes sanmartinescos. Eso solo lo entiende la gente de allá. Cuando joven, mis amigos y yo decíamos que todo se parecía a la serie de televisión Eerie, Indiana, en la que pasaban cosas absurdas. Eso forma parte también de mi obra, indudablemente.»

Allí, a los 16 años, conoció a Juan Vicente Marí Torres, su antes y después. Un pintor que vivía en la calle por problemas de drogas, pero que fue su primera influencia.

«Lo quise mucho. Con él conocí a la primera persona que se llamaba a sí mismo artista. Era cultísimo. Hablaba francés; había ido a Europa. Me contaba historias de un mundo que yo ni me imaginaba, un universo fantástico. Era cuestión de fe creerle o no. Vendía sus cuadros en la calle. Era un guerrero.»

Un día le preguntó si era artista. Él dijo que sí y lo invitó a ver sus pinturas. «Me encontré con una instalación, un rincón lleno de peroles que él recogía en todos lados. Nos hicimos amigos. Él también necesitaba de alguien que lo escuchara de verdad. La gente me criticó mucho, porque yo cambié también. Empezaron a decir que yo consumía piedra y juraban que yo terminaría en la calle. Pero para mí era como estar en un taller con una persona que se mimetizaba por ser artista. Entraba con licencia a ciertos guetos a comprar sus cosas. Siempre quería enseñarme los detalles de su vida. Me

habló de la droga y siempre me advirtió que no lo hiciera, porque si no terminaría como él. Fue muy íntegro. Tuvimos una relación incluso mística. Él trabajó como guardabosques del Ávila, y me comentó muchas cosas que pasan arriba. Decía que había unos portales, pero nunca me atreví a acompañarlo.»

Falleció hace cuatro años, un momento que él compara con la película *El gran pez* de Tim Burton, en la que de repente aparecen todos esos personajes de los que hablaba el protagonista y que confirmaban todas las historias que el hijo creía inverosímiles. «Estaba su familia, pero para ellos él había muerto veinte años antes.»

Una vez que Starsky entró a la Armando Reverón, la relación empezó a enfriarse, pero nunca el sentimiento. Los temas de conversación no eran los mismos, pues el incipiente artista empezó a recibir otros conocimientos, otras referencias más universales y trascendentes. «Nunca llegó a ir a una de mis muestras, pero sí compartíamos la prensa que reseñaba mis cosas y él lo disfrutaba mucho.»

Sus influencias han variado con el tiempo. Hubo momentos en los que sintió un desbordado entusiasmo por lo que hacía el francés Jean Dubuffet, pero ahora más bien se compenetra más con el alemán Gerhard Richter. «Por su manera de contar varias cosas a la vez. Me siento más reflejado en eso de tener varios cuerpos de trabajo sin dejar de ser yo. Me gusta que la gente espere algo específico de uno. Tapia, por ejemplo, fue un personaje vital para mí, pero en estos momentos lo siento muy distante. Ahora, Jean-Michel Basquiat, de toda la vida, al igual que Georg Baselitz o Markus Lüpertz. Todos han sido innegables influencias.»

EN EL RUEDO

En la escuela de artes constantemente le decían que mirara el mundo del arte venezolano como un gran estacionamiento en el que tenía que buscar su puesto. ¿Y cómo se hacen visibles? A través de los salones de arte. Para Starsky fue importante su inclusión en el Salón de Arte Exxon-Mobil 2003 de la Galería de Arte Nacional, donde por primera y última vez una de sus obras estuvo colgada en esas paredes: Naturalmente fragmentado. Otro momento importante fue el Salón Cantv Jóvenes con FIA de 2005, cuando obtuvo el Segundo Premio por Miradas abiertas.

Juan Carlos Palenzuela fue el primer crítico que se interesó en él. Incluso, fue el curador de su primera individual. «Iba hasta mi casa en San Martín. Apenas entendía lo que él me decía, porque no poseía entonces el mismo bagaje que él. Me dio mucha seguridad sobre la pintura. Me recomendaba que aguantara la falta de medios porque venían cosas mejores. Una vez fuimos a la Armando Reverón y me dijo: ¡Qué feo todo esto! Me reiteraba que tenía que viajar, conocer París y el resto del mundo. Me decía que estábamos muy limitados en una escuela de artes sin jardines. Y es verdad, era hermosa por todo lo que ocurría adentro, pero era un edificio de concreto.»

Y le hizo caso. En el exterior fue abriendo brecha desde Madrid, gracias a la Galería Fernando Pradilla. «Me dio mucha más seguridad y empecé a pulsar lo que pensaba otra gente en el mundo. Ahí me di cuenta de que esto es un lenguaje universal. Que lo que hacía en San Martín podía ser incluso más apreciado que donde vivía. No puedo negar las interpretaciones con las que puedo estar en desacuerdo. Por eso es arte, no ciencia. Mi intención no es demostrar nada. Reflexiono sobre el ser humano. Una persona con sus vivencias particulares tal vez no descubra lo de San Martín o Caracas. Va a conectar con su ser y arquetipos. Eso es más trascendente que mis vivencias en esta ciudad.»

Vale acotar que antes de iniciar ese camino de formación y éxito, Starsky tuvo individuales, pero a las que solo asistían sus familiares más incondicionales. «La primera fue en la Biblioteca Pública Óscar Palacios Herrera en San Martín.»

Su familia, al ver los frutos en galerías y prensa, empezó a celebrar todo. Tomaron conciencia de que no hubo decisiones equivocadas en el muchacho que quiso ser artista.

NUEVA VIDA

En la montaña hay un silencio que ahora le es necesario. La explosión de los años en San Martín y Lomas de Urdaneta, donde vivía su abuela, quedó atrás. En su taller ahora recibe clases de música.

Hace una pausa para dejar claro que es importante hablar de sus días en Lomas de Urdaneta, donde creció su mamá. «Cuando estábamos en Maturín, en vacaciones, siempre era mi destino. Pasaba varias semanas en esos bloques, donde los niños eran muy diferentes a lo que yo estaba acostumbrado. Eso también forma parte de ese imaginario. Cuando uno ve lo que fueron esos bloques, diseñados por Carlos Raúl Villanueva, o el Metro de Caracas, uno valora cómo se transformó la ciudad. Pero después de tantos años, todo queda solapado entre tanto caos. Es lo que se habla cuando uno se refiere a la desilusión de la modernidad. Hace unos años intenté volver, pero no continué. Apenas llegué en carro, noté la tensión.»

Ahora, de regreso a su vida en la montaña, detalla: «He aprendido a tocar percusión y guitarra. No tengo ningún grupo; solo estoy investigando sobre el arte sonoro. Estoy contaminado de la plástica. Así que esto me ha servido de catarsis para pensar en otras cosas. Pero inevitablemente se empiezan a cruzar».

Graba lo que hace, y tal vez desarrolle algún proyecto más adelante. «Fantaseo con producir un disco de arte sonoro. Sería para un público muy pequeño, sería como la banda sonora de mi obra.»

Starsky está casado con su novia de la adolescencia, Judisay González. Con ella tiene dos hijos. Camila, de seis años de edad, y Liam, de dos. Y no descarta emigrar. «Me fui de San Martín por los hijos. Quiero darles otra calidad de vida. Claro, Santo Antonio es una burbuja. Estamos en una zona de confort. Si no enciendo la radio, no me entero de nada. Si tengo que irme, además de la situación del país, será por lo que aún necesito aprender afuera y brindarles a los niños más cultura y visión.»

La niña le pregunta y él le explica sobre lo que ocurre en Venezuela. Le relata lo vivido en San Martín, tanto lo bueno como lo violento.

Todavía es mucho lo que le falta. Por eso prefiere esperar antes de asegurar si encontró su puesto en el estacionamiento del arte venezolano. «El tiempo es lo que pone, lo que sube y lo que baja. Decir que hay un legado es pretencioso. Los tiempos del arte son muy largos. Se pueden comprobar ciertas cosas, como que lo que se ha hecho ha tenido sus frutos. Para los demás, aún es muy temprano.»

Para Starsky el rol del artista está en su taller. El arte es político por naturaleza, pero en la Venezuela actual está obligado a sensibilizar y utilizar sus herramientas para el encuentro. «Hay que dejar que la gente entre y se consiga con lo humano, con lo básico y elemental. Poder reconstruir a partir de ahí. Como ciudadano, hay que tomar posición, pero como artista, desde afuera, es necesario establecer los puentes necesarios, poder hacer cambios para alcanzar otros paradigmas. Uno como artista tiene la capacidad de apartarse de la masa y ver desde una diferente perspectiva.»

Si tiene que nombrar un país en el que ha sido exitoso, subraya que Corea del Sur. «Ha sido una locura. Se parecen mucho a nosotros. Hay una demencia que nos conecta. Allí puedes ver obras más en las entradas de museos importantísimos. Eso no pasa acá. En Venezuela hay un divorcio total entre las instituciones y los artistas. No creo que yo exista para los museos públicos de este país. Si llegase a haber un interés, yo daría mi mejor obra.» Por ejemplo, en Corea del Sur, hay obras suyas en las colecciones de la Chosun University Museum of Art.

Mientras transcurre su tiempo, prefiere concentrarse en lo inmediato, en cada momento que le permita experimentar distintos caminos de expresión. La pintura es primordial, sin duda, pero la

música ha despertado en él una curiosidad por saber y dominar cada vez más ese arte. Desde su taller, que suena a salsa, a jazz y rock, transcurren sus días entre la explosión de creatividad, la reflexión, la preocupación y las ensoñaciones por un futuro del que siempre ha estado seguro, pues, como ya dijo, nunca ha dudado de lo hecho ni de sus objetivos. Como si quisiera demostrar lo que escuchaba cuando era pequeño: que hay gente que nace con buena estrella.

Fichas de las obras · pp. 45-52

El marino soy, 2017. Acrílico, grafito y óleo pastel sobre papel. 70 × 50 cm.

Estás rodeado, 2014-2017. Collage, acrílico, grafito, óleo pastel y pintura industrial sobre papel. 70 × 50 cm.

El hombre del mecano, 2017. Collage, pintura industrial y óleo pastel sobre papel. 70 × 50 cm.

Returning to Napoleon, 2016. Acrílico y óleo pastel sobre tela. 208 × 168 cm.

Our day will come, 2016. Acrílico, pintura industrial y óleo pastel sobre tela. 156 × 120 cm.

THINK, 2015. Pintura industrial y collage sobre madera. 244 × 182 cm.

The circle of beauty, 2016. Acrílico, pintura industrial y óleo pastel sobre tela. 166 × 198 cm.

Así es Caracas, 2017. Collage, pintura industrial y óleo pastel sobre papel. 70 × 50 cm.

I Never Wanted to Tear Down Paradigms

Humberto Sánchez Amaya · Fotografías / Photographs: Abel Naím
Nuevo País de las Artes · Banesco / Fundación ArtesanoGroup · 2017

Complete Starsky Brines profile and interview, pp. 32–43, with his work captions, pp. 45–52. Spanish original and archive English translation. Statements and biographical details retain their 2017 context. Pull quotes repeating the main text and the contributors' editorial biographies are not duplicated. This is not a translation of the entire collective book.

Born in Caracas in 1977, he has become one of the most prominent figures in Venezuelan visual art over the past fifteen years. His work has been exhibited in Spain, France, Germany and South Korea, as well as Venezuela. His creations are distinguished by a line in which the human figure struggles with the animal.

In one of the highest parts of his studio stands a statuette of Saint Rita. Close to the ceiling, where all the deities who receive petitions are gathered.

At seven, Starsky would ask that image to stop his parents from divorcing. He hoped it would cure whatever was wrong between his mother and father so that neither would leave home, but it did not happen. He became angry and forgot about her. He wanted nothing more to do with her. So young, he did what he heard the adults doing: he held on and prayed, but he was let down.

Over the years, he reconciled himself not only with the image but with what it represents.

"I rejected her for not coming through, but many years later I found her discarded and rescued her. I returned to faith, to all that business of believing. Otherwise I would not be in the art world, where you need so much hope. I consider myself a believer, but a more holistic one. I believe in God, but with different ways of perceiving the world. I know there is another dimension parallel to this one."

He now lives up in the mountains of the Altos Mirandinos, along winding dirt roads, in a capsule far from all that chaos so familiar to him. Kilometres from the asphalt and concrete of Avenida San Martín, with its street vendors' stalls, the horns of impatient drivers, the exhaust of buses that ignore traffic rules, the thief looking for an unsuspecting victim, neighbours hurrying to work, Metro stations crowded with passengers and the shops so many people frequent. A crucial area: an avenue where the meticulously planned, striking urban development of El Silencio meets the urgent housing solutions devised for an emerging middle class more than three decades ago.

His art undeniably attracts attention. His paintings do not go unnoticed, whatever judgments follow. People like them or they do not, but that is another matter. He has certainly done well. His way of representing the human figure, so sharply transformed, has made his style readily recognisable. "I think I have developed a body of work that focuses on the human being. In portraying people, I have felt drawn to their animal, hybrid and zoomorphic condition. Archetypal images connecting with our humanity and memory, with the festive and tragic condition of life. In that sense, I have woven scenes that are an absurd narrative of contemporary society, images charged with the loss of nostalgia, with an animal condition that can no longer be."

He likes to reiterate that intention, as though to prevent any vagueness in someone standing before his work. He reaffirms that he uses images to reflect on himself, the physical environment and the figurative. "I do it by playing with the symbolic codes of our contemporary culture." And it is true: people who see Starsky's work do not find it alien or remote. Viewers also sense the freshness of a profound yet cheerful proposition. It is reflective but also engaging.

He works with emotions and with the everyday life of the city and the country. "In recent years I have achieved greater depth in my conceptual explorations. I am about to turn forty, and I have a

different sense of my surroundings.”

His name is not invented. It is not the affectation of someone wanting to stand out and parade around with an assumed name that sounds foreign. Nothing of the sort. His identity documents read Homero Starsky Brines Riera. “The thing is that Homer Simpson ruined everything. Well, not so much because of that, but because people used to tell me that some people are born under a lucky star. So I preferred to use Starsky from childhood. Everyone called me that in high school, and it sounds amazing too,” he says before laughing.

His mother, Norka Riera, a seamstress and dressmaker, unwittingly nurtured his curiosity about forms, perhaps through that dexterity of the fingers that can lead to creation. At seven, young Starsky became curious about what he might make while helping his mother with her work. “The things people say keep echoing in your head. At the time, they were always telling me I had a gift. Eventually I started painting.”

RESPONSIBILITY AND ART

People told him he was skilful as his mother’s helper, but he was not yet conscious of wanting to concentrate on becoming an artist. There were only impulses seeking fulfilment through the activities usually offered to schoolchildren.

That anticipation began revealing itself in other ways, like a force still seeking a way to burst out through the body. Starsky sang in the choir at the Vicente Salias school in Maturín, a city where he spent a few childhood years, but where an imagination linked to the animal world awakened, as his paintings reveal. He lived in the capital of Monagas from the age of three until thirteen, in an environment where urban and rural life mingled. “My father, Leopoldo Brines, worked as an engineer and was hired to build a sports complex. Eventually he left. There was a rupture, and I was left out of place in a setting that did not entirely belong to me. I already knew we were struggling financially. When we returned, we ended up in San Martín. What a leap! In Caracas I became involved with a turbulent city that was also a lot of fun. Everything changed, obviously. Now there is a violence that stops you doing anything.”

Back in the capital, he attended the Liceo Caracas, but he fell in love and did not want to return, to avoid seeing the girl who caused him so much anguish and so many sleepless nights. “I did my final year at a private school. I spoke to the headmistress of the Instituto Unitario del Centro in La Candelaria. I told her I would resume my education and pay the fees myself. I used the money I earned as a messenger. I also made portraits and sold them.”

There was pressure to learn a trade that would offer greater financial stability: that familiar need to bring something home and escape hardship. “That is why, once I graduated, I started studying Graphic Design. I wanted a job that would help me solve certain problems. But design school became much too expensive. I had to leave, although the teachers themselves told me I was an artist and had no business being there. When I started a project, I approached it subjectively. I needed to be pragmatic, as a professional career demands.”

But the move from design to art school was not immediate. Reality always knocks and insists on being attended to. “Before that, I worked at Electricidad de Caracas as an INCE apprentice. It was an excellent job, with all the benefits, but it was not what I wanted. I stayed about six months. Then I worked for one of the same company’s contractors. I reported damaged electricity poles. I got to know many neighbourhoods and saw a great deal of poverty in areas that must be worse now. Then, in 1999, I entered the Armando Reverón school, and everything began developing rapidly.”

He arrived there thanks to his time at Jesús Soto’s Caracas studio, where he was the most junior of the master’s workers. “There was a young woman in San Martín who was the studio’s director; she knew what I was doing. She asked if I wanted to work there. I asked what it was and they explained.

I saw the curriculum and became excited.”

That work at the studio, where he spent only three months, gave further substance to his aspirations. “I simply cleaned works arriving from elsewhere. I marvelled at what I was discovering. It was another dimension. I realised you could make a living from art. I told my mother that Soto was very successful. I saw him only once. He came in and asked whether I was the new studio assistant. He introduced himself and shook my hand.”

He arrived at the Instituto Superior de Artes Armando Reverón knowing very little. Artists he had seen in books and museums walked through its corridors and classrooms. There, finally, artists such as María Eugenia Arria, Víctor Hugo Irazábal, Manuel Espinoza and Octavio Russo were teaching within his reach.

“I already felt certain I was on the right path. I knew what my vocation was. I felt powerful and unstoppable. I never doubted I would succeed. In fact, if a teacher questioned me constantly, I would say he was the one who did not understand.”

He entered that place gratefully, without any pretension of overturning what was established. “I was a sponge. I never wanted to tear down paradigms; on the contrary, I wanted them. I needed to learn more about art. Other people, the children of artists, arrived with different ambitions. But that does not let you enjoy the moment. I entered with many questions. The Armando Reverón school was a complete discovery, and I think that was better.”

Once inside those walls, someone asked him to name a Venezuelan artist other than Jesús Soto, Carlos Cruz-Diez or Armando Reverón. The only answer he could give was Juan Loyola, whom he had met in Ciudad Bolívar through his father. “He was very androgynous. I found him very strange. I asked my father, and he told me he was a great artist. He shook my hand, and I never forgot him.”

INFLUENCES

If we are to speak of mentors, one moves the artist particularly deeply. He is one of those characters often found in the more working-class parts of large cities, places where, despite the hostility, chance encounters still prevail on corners, streets and passageways among people who have known one another all their lives.

“I am talking about a place with characters peculiar to San Martín. Only people from there understand that. When I was young, my friends and I used to say everything resembled the television series *Eerie, Indiana*, where absurd things happened. That is unquestionably part of my work too.”

There, at sixteen, he met Juan Vicente Marí Torres, the person who marked a before and after in his life. A painter who lived on the streets because of drug problems, but who became his first influence.

“I loved him very much. Through him I met the first person who called himself an artist. He was immensely cultured. He spoke French and had been to Europe. He told me stories about a world I could not even imagine, a fantastic universe. Believing him or not was a matter of faith. He sold his paintings on the street. He was a warrior.”

One day Starsky asked whether he was an artist. He said yes and invited him to see his paintings. “I found an installation, a corner full of odds and ends he collected everywhere. We became friends. He also needed someone who would truly listen. People criticised me a great deal, because I changed too. They started saying I smoked crack and swore I would end up on the streets. But for me it was like being in a workshop with someone who blended into his surroundings as an artist. He had permission to enter certain ghettos to buy his things. He always wanted to show me the details of his life. He talked to me about drugs and always warned me not to take them, or I would end up like him. He was very principled. Our relationship was even mystical. He worked as a forest ranger on

the Ávila and told me many things that happened up there. He said there were portals, but I never dared go with him.”

He died four years ago, a moment Starsky compares with Tim Burton’s film *Big Fish*, when all the characters the protagonist had spoken about suddenly appear and confirm the stories his son had found unbelievable. “His family was there, but to them he had died twenty years earlier.”

Once Starsky entered the Armando Reverón, the relationship began cooling, but the affection never did. Their conversations were no longer the same, as the emerging artist began acquiring other knowledge and more universal, far-reaching references. “He never came to one of my exhibitions, but we did share the press coverage of what I was doing, and he enjoyed it very much.”

His influences have varied over time. There were periods when he felt an overflowing enthusiasm for the French artist Jean Dubuffet, but now he relates more closely to the German Gerhard Richter. “Because of his way of saying several things at once. I identify more with having several bodies of work without ceasing to be myself. I like people to expect something specific from you. Tapia, for example, was a vital figure for me, but at the moment he feels very distant. Jean-Michel Basquiat, though, has been there all my life, as have Georg Baselitz and Markus Lüpertz. They have all been undeniable influences.”

IN THE ARENA

At art school, they constantly told him to think of the Venezuelan art world as a huge car park where he had to find his place. And how does one become visible? Through art salons. For Starsky, inclusion in the 2003 Exxon-Mobil Art Salon at the Galería de Arte Nacional was important: for the first and last time, one of his works hung on those walls, *Naturalmente fragmentado*. Another important moment was the 2005 Cantv Jóvenes con FIA Salon, where he received Second Prize for *Miradas abiertas*.

Juan Carlos Palenzuela was the first critic to take an interest in him. He even curated his first solo exhibition. “He would come to my house in San Martín. I barely understood what he was saying, because at the time I did not have his background. He gave me a great deal of confidence in painting. He advised me to endure the lack of resources, because better things were coming. Once we went to the Armando Reverón, and he said: ‘How ugly all this is!’ He kept telling me I had to travel, see Paris and the rest of the world. He said we were very limited in an art school without gardens. And it is true: it was beautiful because of everything happening inside, but it was a concrete building.”

He took his advice. Abroad, he began making his way from Madrid through Galería Fernando Pradilla. “It gave me much greater confidence, and I began to sense what other people elsewhere in the world thought. That was when I realised this is a universal language. What I did in San Martín could be appreciated even more than where I lived. I cannot deny there are interpretations with which I may disagree. That is why it is art, not science. My intention is not to prove anything. I reflect on the human being. Someone with their own particular experiences may not discover San Martín or Caracas in it. They will connect with their own being and archetypes. That is more far-reaching than my experiences in this city.”

It should be noted that before embarking on that path of training and success, Starsky held solo exhibitions attended only by his most loyal relatives. “The first was at the Óscar Palacios Herrera Public Library in San Martín.”

When his family saw the results in galleries and the press, they began celebrating everything. They realised that the young man who wanted to become an artist had not made the wrong choices.

A NEW LIFE

In the mountains there is a silence he now needs. The explosive years of San Martín and Lomas de Urdaneta, where his grandmother lived, are behind him. He now takes music lessons in his studio.

He pauses to make clear the importance of his days in Lomas de Urdaneta, where his mother grew up. "When we lived in Maturín, it was always where I went on holiday. I spent several weeks in those apartment blocks, where the children were very different from what I was used to. That is also part of my imagery. When you see what those blocks designed by Carlos Raúl Villanueva were, or the Caracas Metro, you appreciate how the city was transformed. But after so many years, everything gets buried beneath all the chaos. That is what people mean when they speak of the disillusionment of modernity. A few years ago I tried going back, but did not stay. As soon as I arrived by car, I sensed the tension."

Now, back to his life in the mountains, he explains: "I have learned to play percussion and guitar. I do not have a band; I am simply exploring sound art. I am steeped in the visual arts. This has given me a catharsis, a way to think about other things. But inevitably they begin to intersect."

He records what he does and may develop a project later. "I fantasise about producing a sound-art album. It would be for a very small audience, something like the soundtrack to my work."

Starsky is married to his teenage sweetheart, Judisay González. They have two children, Camila, six, and Liam, two. He does not rule out emigrating. "I left San Martín because of the children. I want to give them a different quality of life. Of course, Santo Antonio is a bubble. We are in a comfort zone. If I do not switch on the radio, I hear nothing about what is happening. If I have to leave, apart from the country's situation, it will be because of what I still need to learn abroad and to give the children more culture and a broader outlook."

His daughter asks questions, and he explains what is happening in Venezuela. He tells her about his experiences in San Martín, both the good and the violence.

There is still much he has yet to do. That is why he prefers to wait before declaring whether he has found his place in the car park of Venezuelan art. "Time is what puts things in place, what raises them and lowers them. Saying there is a legacy is presumptuous. Art's timescales are very long. Certain things can be established, such as the fact that what has been done has borne fruit. For everything else, it is still far too early."

For Starsky, the artist's role is in the studio. Art is political by nature, but in Venezuela today it is obliged to foster sensitivity and use its tools to bring people together. "You have to let people enter and encounter the human, the basic and the elemental. Be able to rebuild from there. As a citizen, you have to take a position, but as an artist, from outside, it is necessary to establish the bridges required, to make changes and reach other paradigms. As an artist, you have the ability to step away from the crowd and see from a different perspective."

If he has to name a country where he has been successful, he emphasises South Korea. "It has been crazy. They are very much like us. There is a kind of madness that connects us. Over there you can see my work at the entrances to hugely important museums. That does not happen here. In Venezuela, there is a complete divorce between institutions and artists. I do not think I exist for this country's public museums. If they ever took an interest, I would give them my best work." In South Korea, for example, his works are in the collections of the Chosun University Museum of Art.

As time goes by, he prefers to concentrate on the immediate, on every moment that allows him to experiment with different avenues of expression. Painting is undoubtedly paramount, but music has awakened his curiosity to learn about and increasingly master that art. His days unfold in a studio filled with salsa, jazz and rock, amid bursts of creativity, reflection, concern and dreams of a future of which he has always been certain, since, as he has already said, he has never doubted what he has done or his goals. As though he wanted to prove what he heard as a child: that some people are born under a lucky star.

Work captions · pp. 45-52

El marino soy, 2017. Acrylic, graphite and oil pastel on paper. 70 × 50 cm.

Estás rodeado, 2014-2017. Collage, acrylic, graphite, oil pastel and industrial paint on paper. 70 × 50 cm.

El hombre del mecano, 2017. Collage, industrial paint and oil pastel on paper. 70 × 50 cm.

Returning to Napoleon, 2016. Acrylic and oil pastel on canvas. 208 × 168 cm.

Our day will come, 2016. Acrylic, industrial paint and oil pastel on canvas. 156 × 120 cm.

THINK, 2015. Industrial paint and collage on wood. 244 × 182 cm.

The circle of beauty, 2016. Acrylic, industrial paint and oil pastel on canvas. 166 × 198 cm.

Así es Caracas, 2017. Collage, industrial paint and oil pastel on paper. 70 × 50 cm.